



NUM. 124

BARCELONA, 21 SEPTIEMBRE 1901

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid



AGUA FRESCA

Las cosas adquieren importancia, ó son consideradas con desprecio, según la carencia ó la sobra que 'hay de 'ellas en un punto ó momento determinados.

Creo que me daréis la palma de filósofo por esa verdad que os he expuesto.

Pues bien, el agua fría, de que se huye en invierno, como gato escaldado, viene á ser en verano un artículo de necesidad suma.

Y ahí os regalo otra verdad digna de una medalla de oro.

¡El agua!
¿Quién puede pasar sin ella ahora? Sólo los puercos y los borrachos. Ellos son los únicos

que la desdennan. Nos levantamos con el agua, y con el agua nos acostamos. La tomamos en bebida, en baños; por arriba, por abajo, y por todas partes. Una turbia de esas que tan frecuentes son en esta dichosa Corte, donde hay tantas cosas turbias, en las actuales circunstancias, sería una catástrofe. Todos nos convertiríamos en carboneros. Lo cual que no deja de ofrecer un presente, y hasta un porvenir muy negro.

El agua es una excelente é inseparable compañera nuestra. A cada paso, la estamos nombrando, ó aplicando á nuestros usos más indispensables.

De un sujeto que goza lo inexplicable, se dice que «está bañándose en agua de rosas.»

De otro, á quien se le da una noticia placidísima, ó que presencia un espectáculo gustosísimo, se refiere que «se le está haciendo la boca agua.»

Un hombre que empieza á arruinarse, es que, como los buques que se van á pique, «hace agua.»

Otro, que se muestra irresoluto, «es que está entre dos aguas.»

Y no olvidemos que el agua entra también en las esferas del arte. Dígalos sino, el «agua fuerte.»

Pues, ¿dónde me dejan ustedes el «agua tofana» de tan ilustre historia entre los más famosos envenenadores italianos?

Pues ¿y el aguardiente? A este no es menester alabarle, porque él solo se alaba.

Mucho cuesta la conquista del pan; pero no cuesta menos la del agua.

Tiene una familia amiga mía una criada que se pasa el día, y parte de la noche, en la fuente.

Coge el botijo, y allá se va; y tomando vez, y formando cola, transcurren para ella insensiblemente las horas, hablando con el novio, hasta que por fin se decide á acercarse al chorro, y llenar el cacharro. Hay ocasiones en que llega el instante crítico del almuerzo, y aun no ha vuelto la aguadora doméstica.

—Pues, bien, hasta que venga no almorzamos,—dice la señora.—Me haría daño la comida sin el agua fresca, recién traída de la fuente.

Pero, es el caso que días pasados, regresó la criada sin el botijo.

Se lo habían roto en una trifulca.

Entonces los gritos de mi amiga, y de toda su apreciable familia llegaron al cielo.

—¡Qué lástima!—exclamaban.—No volveremos á encontrar otro botijo parecido! ¡Ponia el agua como un hielo! ¡Se ha destruido una de las joyas de esta casa! ¡Qué desgraciados somos!

Y rompieron en llanto en un coro general, digno de mejor causa.

La verdad es que existen gentes muy caprichosas; pero también es verdad que aprieta el calor de firme, y cuando se logra la fortuna de poseer un botijo que refresca el agua, todos los lamentos son pocos cuando se pierde.

Mi portera no se separa un segundo de una jarra enorme de barro blanco, ó á lo menos que debió así serlo en un principio. La trajo de Andujar, cuando se casó con un contrabandista.

Era el tal un demonio; así es que «por dicha» es viuda, y además es sexagenaria.

No importa. La buena mujer tiene la jarra andujareña en gran estima; y eso que su color harto moreno demuestra que no en balde han resbalado sobre ella los años... y los dedos.



Siempre que salgo ó entro en casa, ballo á mi portera empuñándose la jarra.

—Pero, señora,—la digo;—usted se va á convertir en rana.

—¡Qué quiere usted!—replica.—Beber aquí me sabe á gloria. ¡Me recuerda tantas cosas!

No obstante, la otra noche, la acometió un cólico de agua, que por poco no se muere. Si los partidarios del agua al interior son numerosos, no lo son menos los que se la administran al exterior.

Los baños cuentan hoy con infinitos prosélitos, no tanto por seguir los saludables consejos de la higiene, sino por ajustarse á los imperiosos mandatos de la moda.

Las duchas de agua fría, especialmente, están á la orden del día.

Conozco á un señor muy gordo, padre de también robusta prole, y esposo de una dama que parece un rollo de manteca, todos los cuales se pirran por las duchas, claro está que á domicilio.

Hace unos días presencié una escena en extremo interesante.

Llegué á la hora de la siesta, y encontré á mi amigo completamente desnudo, de pie sobre un barreño.

—¿Qué hace usted, D. Crispulo?—le dije.

—Pues, ya lo ve,—repuso con beatífica sonrisa.—Estoy tomando duchas por la espalda.

Y volviéndose á un mozo, que tenía una regadera en la mano, le dijo:

—Anda, signe, Dominguito. Este señor es de confianza.

Y Dominguito, que no era otro que el aguador, continuó rociando agua sobre los lomos de hipopótamo de mi amigo.

Después de él, siguióle en turno su esposa, y luego los chiquillos, siempre con el mismo Dominguito de ayudante. Algo me extrañó que el astur continuara sus funciones irrigatorias con la señora de la casa; y así se lo hice notar á D. Crispulo.

—¡Bah!—replicó con su eterna bonachona sonrisa.—¿Voy á tener celos de Dominguito? Los aguadores son muy honrados.

—Pero son hombres, amigo mío,—le advertí.—No se fíe usted, por si acaso...

—Además, mi esposa...

—Sí, sí; ya comprendo.

Dicho sea sin descortesía, la señora de don Crispulo debe ser invulnerable.

Es tan monstruosa que el mismo Satanás se espantaría de ella. En fin; el agua fresca se impone en todas partes y á todos los caracteres.

¿Hay algo más codiciado cuando abrra la sed? Preguntádselo á los cazadores. ¡Qué rica sale del manantial, bajo las peñas cubiertas de musgo, á la sombra de los árboles frondosos, etcétera, etcétera!

Para el que padece de fiebre ¿hay algo más apetecible? Aun sin beberla, se siente penetrar en el cuerpo, desparramarse por las venas ardorosas, fundirse con nuestra alma, etc, etc. Los que ahora están en su centro son los desvergonzados. Sin que nadie se extrañe, sueltan cuatro frescas al lucero del alba, con la mayor frescura, y se quedan tan frescos.

EUSEBIO GALDO



EL POBRE RICARDO

Ricardo de... tal y que se yo, descendiente (según demostraba con incontrastable lógica un árbol genealógico más gigantesco y más robusto que el de Guernica), de un pedazo de bruto que, allá en los comienzos de la Reconquista, había matado muchos moros, atropellado muchas moras y robado muchas tierras de pan llevar, era ¡pobrecillo! el hombre más desgraciado del mundo.

Poseía cuantiosa fortuna, heredada de sus mayores; gozaba de excelente salud; tenía figura arrogante y había adquirido vasta y sólida instrucción, de manera que, según se ve, la vida se le presentaba llena de inconvenientes.

Del mismo modo que Calipso, si hemos de dar crédito al caritativo prelado de Cambray, quien debió de saberlo de buena tinta, llegó á considerar como desgracia la inmortalidad. Ricardo se juzgaba desdichadísimo por buen mozo, por rico, por sabio y por simpático; pues hasta padecía la pesadumbre de tener angel. Porque, lo que él decía cuando se entregaba á sus melancólicas reflexiones:

—¿Mabrá en el mundo ser mas desgraciado que yo? No; no puede haberlo. Soy rico, es verdad, muy rico; pero ¿de qué y para qué me sirve esta riqueza, que ninguna satisfacción me proporciona? Soy aristócrata, aristócrata de cepa legítima y de antiguo abolengo, pero ¿qué goce puede producirme esa circunstancia puramente casual? Y luego, ya lo expuso Bretón en una de sus comedias:

«¿Quién es el santo varón
que afirma con juramento:
veinticinco abuelos cuento
y ninguno fué ladrón?»

Eso es: ladrón ó cualquiera otra cosa, con ó sin consonante.

De las mujeres no me quejo, antes por el contrario me declaro deudor suyo; pero, señor, si ya no puede uno con lo que le sale al encuentro.

Y así por ese estilo discurría el desdichadísimo Ricardo y se desesperaba.

No era para menos la cosa.

Y lo que más tribulación y más desaliento llevaba á su espíritu era la seguridad de no ser amado, como solía decir, *por el mismo*, sino por sus riquezas, ó por sus pergaminos, ó por su posición ó por sus distinguidas maneras ó por la habilidad de su sastre.

Dábase el infeliz á todos los diablos, cuando se le presentó uno de ellos; buena persona, que no olía á azufre, ni tenía rabo, ni cuernos... es decir, no los tenía visibles; que invisible vaya usted á saber lo que tienen los diablos y los que no son diablos.

Pues señor, el diablo que iba en comisión representando á todos aquellos á quienes el pobre Ricardo se daba, como queda dicho, mostró al desesperado una maquinilla semejante á las *instantáneas* usadas por los reporteros gráficos de nuestros periódicos ilustrados y gritó:

—Ea, se acabaron tus cavilaciones. Aquí traigo consuelo para tu aflicción y remedio para tus males. Deseas saber si las hembras, que tantos favores te otorgan, lo hacen por tí mismo ó por tus riquezas.



Pues bien, puedo, si lo quieres, convertirte en pobre de solemnidad. Mirate en este espejo,—añadí al propio tiempo que hacía salir de la *instantánea* un cristal en el que Ricardo vió la imagen de un joven de hermosa presencia, aunque pobremente vestido.—¿Quieres ser así?

—No,—contestó Ricardo,—no. Esa figura es demasiado hermosa para hombre, y ya dijo el inmortal D. Juan Ruiz de Alarcón:

«En el hombre no has de ver;
la hermosura ó gentileza.

Su hermosura es la nobleza;
su gentileza el saber.»

—Corriente,—replicó el diablo sonriéndose como un buen diplomático,—la teoría no es mala para



un jorobado; aunque las muchachas (que saben de estas cosas más que Alarcón), opinan de distinto modo. Pero no vengo á discutir contigo, sino á darte gusto. Mira si te agrada así,—y salió otro cristal en que aparecía la figura de un viejo decrepito, jorobado, cojo, con aspecto de imbécil y apenas cubierto el cuerpo con algunos harapos sucios.

—Hombre,—exclamó Ricardo,—¿ese he de ser yo?

—Si te conviene, lo dices, y en un segundo estás transformado.

—Merece pensarse la cosa.

—Piénsalo cuanto quieras y si te decides, no tienes más que evocarme y me tendrás inmediatamente dispuesto á realizar la transformación. Eres rico, te haré pobre; eres joven, te convertiré en viejo; eres guapo serás horrible; sabes mucho, lo ignorarás todo; pareces simpático á cuantos te tratan, te transformaré en odioso para todo el mundo; entonces experimentarás si alguna te quiere *por ti mismo*, una de las pretensiones más estúpidas que han discurrido novelistas hueros y poetillas de tres al cuarto. Si á la mujer hermosa que por ser hermosa es adorable; si á la distinguida que, por su distinción, se hace admirar, les quitas la distinción y la hermosura, ya no son ellas mismas; como tú no serás el mismo, si te privas de las condiciones que te hacen agradable. Pero, anda, á tu gusto; me llamas cuando quieras. Buenas noches.

Ricardo, desde aquella entrevista no cesa de recordar la figura del mendigo lisiado y con joroba que le presentó el diablo como el ideal de quien desea ser amado *por sí mismo*. Sigue siendo desgraciado, eso sí, pero no ha llamado al diablo todavía.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



J.A. FAMA

OTOÑAL

No sufras, madre, porque sufro y lloro,
ni llores porque muero, que el que muere
halla otra vida donde á Dios encuentra
para gozarle siempre.
Jamás he comprendido como ahora
la calma de la muerte,
porque hay tanta tristeza en torno mío,
madre, que hasta pareceme
que el Dios á quien admiro en lo creado
se balla del mundo ausente.

¿No ves? Al puro azul del firmamento
plomizo manto envuelve;
tórñase amarillosa en la arboleda
la hoja... y al desprenderse
cediendo al soplo del invierno crudo,
el tronco se estremece;
la flor que erguida prodigaba aromas
hacia la tierra su corola vuelve...
y el arroyuelo, desbordado arrastra
flores en su corriente.
El ave no saluda al nuevo día
con su canción alegre
del tiempo en que su nido fabricaba
porque los nidos inundó la nieve,
ni canta epitalamios en la tarde:
¡se queja... dulcemente!

¡Yo siento, madre, que en mi ser hay algo
que también se marchita y se desprende...
y al soplo helado del invierno crudo
el alma se extremece!
¡A la flor de mi vida, del arroyo
desbordado alcánzole la corriente
y en mi pecho germina el desengaño
más frío que la nieve!
Flor es el alma que prodiga aromas
como ilusiones tiene,
que aroma es la ilusión. ¡Pobre del alma
cuando su aroma pierde!

¡Pero no sufras porque sufro y lloro,
ni llores porque muero... que el que muere
halla otra vida donde á Dios encuentra
para gozarle siempre!

SEGUNDO LOZANO





L. Ferraguti: DESCANSO

Ayuntamiento de Madrid



—Allá, en tiempo, ya bastante lejano, de mi bohemia,—me decía un compañero,—conoci, y fué mi amigo después, un poeta de fecunda vena é inspiración potente, si bien de entendimiento poco sano y fantasía un mucho desequilibrada. Como todo el que piensa demasiado, bebe más, come poco y mal y ama con exceso, enfermó de la terrible dolencia que con un beso se adquiere y aspirando el olor de las cuartillas se hace fuerte; y amarrado á la cama y tosiendo de continuo pasaba el pobre su vida sin emociones y sin consuelo; vida de días sombríos, tristonos y monótonos, en los que no tiene que ponerse el sol, pues el sol no ha salido.

Al principio le visitaban todos sus amigos, pero como del espectáculo de la muerte raro es el que no huye, pronto fueron escaseando las tales visitas, y sólo continué fiel á la amistad y al dolor, encontrando en ello el acre placer de ver morir á un semejante para aprender á

morirme yo. Una tarde de otoño, en la que las hojas de los árboles se arremolinaban en las calles con seco ruido de huesos, me dijo el poeta enfermo, á propósito de la conversación que teníamos:

—No puedo hablar por experiencia propia de la felicidad, de la dicha, de la fortuna.

Para ser feliz necesitase haber sido antes desgraciado, ó para ser desgraciado se necesita haber sido feliz, de la misma manera que son precisos los hombres malos para distinguir los buenos, salir el sol para que se hunda después, haber vivido para morir. Esto más que claro es tonto.

La tristeza como la felicidad, como la alegría, no es más, ya lo sabes, que un estado del alma, algo que se traduce en un semblante bosco ó plácido ó riente, que se resuelve en una lágrima, que se manifiesta en un suspiro, que se desborda en una carcajada.

Vosotros, tú, aquél, todos, os reis un día y contraéis al siguiente con mueca de dolor los músculos que antes ensanchó la satisfacción; las ideas alocadas de una dicha que extremece vuestra alma con nerviosas vibraciones, las domina, las sujeta, las aboga horas después un dolor más intenso que inmensa fué vuestra felicidad; por eso precisamente, por seguir á una alegría, á una dicha. A mi no; yo no. Desgraciado siempre, apenas si la desgracia me hace mella.

Envuelto de niño en la atmósfera de un hogar frío, y de hombre sujeto al dolor por cadena de ingratiitudes, desengaños y desamores, siempre he vivido respirando el ambiente de la desgracia, sin que haya jamás rozado mi frente con su ala de oro la alegría. Por eso en mi continua tristeza soy dichoso, con la alegría de saber que ningún otro pesar por hondo, por intenso que sea, ha de alterar la marcha, ni rápida ni lenta, de las horas sombrías de mi vida, que como ves, ya se acaba... ya se acaba.

Si nunca nos parece más hermoso el sol que después de una tormenta, siempre ha de parecernos más dolor el dolor que sigue á una dicha... ¡Inconvenientes de haber sido feliz!

Y el poeta enfermo se reía, se reía con expresión dolorosa, tristona, apagada, que me hacía más daño que si llorara copiosamente.

ENRIQUE MUÑOZ

LAS MADRASTRAS

Este género de fieras, no registrado en la historia natural, pero sí en la historia de las familias, está á la orden del día. Apenas transcurre uno, sin que se denuncie alguna de sus proezas.

Y es natural.

Por grande que sea su inclinación á vegetar en la oscura esfera de sus bazañas, es conveniente sacar de vez en cuando sus interesantes personas á la luz ó á la vergüenza públicas.

¡Pobrecitas! ¡Cuánto se las detesta! ¡Y qué dignas son de que la filantropía las levante estatuas!

—Yo me sacrifico por mis hijastros,—me decía una de ellas, con motivo de los últimos descubrimientos de martirios caseros.—No pienso sino en su educación. en dirigirlos por el camino recto, aunque para conseguir ese fin me vea forzada á emplear procedimientos enérgicos. ¡Ya me lo agradecerán algún día los ingratos!

Sus procedimientos, á la verdad, no pueden ser más radicales, contundentes y punzantes.

A un hijastro le ha arrancado los dientes para que no coma lo que se guarda de una comida para otra.

A otro, para que no se salga á la calle, suele tenerlo atado al pie de una mesa, días enteros.

A otro, me lo encierra en un cuarto, que parece un calabozo, para que cuando se habla, no interrumpa las conversaciones.

A una niña, también hijastra, jamás la compra vestidos, ni la cose los rotos, por el laudable motivo de que la desnudez fué siempre muy higiénica, y sobre todo muy artística.

A otro muchacho, en fin, igualmente aínado le hace dormir en el suelo, pues de esa manera, si se cae de la cama soñando, no se descalabra.

Os digo que merece esa madrastra la palma de la pedagogía.

Es cierto que con ella no serán tan rigurosos principios; pues duerme en mullidos colchones, viste con elegancia, y se mantiene de magras muy apetitosas.

En realidad, yo no sé porqué á las madrastras se las profesa tanto odio.

¡Son unas santas, unas mártires, aunque no sean unas vírgenes ni unas confesoras!

Casi todas ellas se casan con los viudos pensando inocentemente en «aligerar», cuanto antes posible, «la carga», esto es, la prole ajena. Y unas tratan de matar á los hijastros á disgustos; otras, los abandonan.

Pero, los hijastros, por lo visto, son como los gatos. ¡Tienen siete vidas!

—¡Ninguno se muere!—exclamaba una de estas panteras humanas, ó inhumanas.—¡Me llamo á engaño! Si me casé, fué con la esperanza de que quedaría sola á los pocos meses con mi marido. Y, nada. Estos chicos gozan de una salud, de una consistencia de hierro. ¡Cuidado, que se les hacen perrerías! Porque son incorregibles. Pues ¡como si tal cosa!



Todas ellas, lo mismo las que habitan en alcázares dorados, que las que pescan en ruín barca, están cortadas por un patrón idéntico.

Un patrón confeccionado sin duda en los infiernos, para uso de brujas ó arpías. ¡Hablábame ayer un sujeto, que tiene madrastra, de la suya.

El es artista, que se ha abierto carrera en el mundo con sus solos puflos. Y decía:

—Mi padre es un hombre honradísimo, muy ducho en su profesión, y no nada pobre. Pudo protegerme sin esfuerzo alguno. Pues ¡que si quieres! Me abandonó á mi suerte. No conoce la vida. Jamás ha salido de su pueblo. Y todo lo ve al través del prisma de su segunda esposa. No digo yo artista laureado, como lo soy ya, sino general triunfante, salvador de la patria, héroe á quien aclaman las multitudes, y se rodea de una aureola que deslumbra los ojos, se impone á los sentidos, y halaga la vanidad de una familia, un dios bajado del cielo resultaría, para el autor de mis amargos días, completamente un mamarracho. ¿Por qué? Porque ya no ve al hijo como es, sino como se lo muestra la nueva compañera de su existencia.

Y no tenía fin la conversación del artista.

Efectivamente, la diplomacia de las madrastras supera á la de todas las cancillerías.

Es costumbre en algunos lugares de España, cuando se trata de enseñar á nadar á un niño, arrojarlo, sin más preámbulos, al río. Si no se ahoga, es que nació para ser un gran nadador. Pero si perece es que es un mandria.

Lo mismo hacen las madrastras con sus hijastros. Los expulsan de la casa, con medios más ó menos indirectos para que corran aventuras. Si rompen la crisma en las encrucijadas del áspero camino, es que son unos perdidos. Si triunfan de todos los obstáculos, debido es que á las sabias precauciones de ellas, merced á las cuales los desdichados huérfanos se encontraron un día de patitas en la calle.

Algunas madrastras llevan su audacia hasta denigrar la memoria de la madre muerta, y hasta hacer que dude el marido de la autenticidad de sus hijos.

La inventiva madrastreril, en este ramo, no tiene límites. La madrastra es una fuente de maldad, que nunca se agota.

Hay no pocas, en quienes pone un leve freno el que dirán las gentes. Y entonces, hacen carantollas á alguno de los hijastros, mientras que á los otros, que no están en turno, los tienen en la proscripción.

—Es que son muy malos,—razonan para cohonestar su preferencia, sólo momentánea.—Miren como trato á éste.—Y se refieren al favorito del instante, el cual, á su vez, será sustituido por otro, cuando así plazca á la tirana.

Es menester, sin embargo, rendir justicia á la mayoría de los maridos. Adquieren un nuevo lazo creyendo mejorar la situación de su chiquillería. Pero luego llegan la debilidad, el temor al escándalo, el consejo constante de la cara, y ¡tan cara! mitad, y todos los luenos propósitos se resuelven en agua de cerrijas.

Y, siempre ¿por dónde se ha de romper la cuerda? Por lo más delgado. ¡Por los hijos! ¡Ah! Los hijos son una carga. ¿Quién lo duda? Un hijo, respecto á su padre, es un ser eternamente débil, necesario de protección. Un padre debe ser una providencia perpetua. Quien no sepa, ó no quiera educar á sus hijos, vale más que no los tenga, ó que no los reconozca. Por lo menos, en su abandono, no sufrirán ni tiranías ni desdenes paternos, á cambio de un apellido ilusorio, que si honra, no se estima, y si se degrada, se repudia.



Claro está que los padres que se quedan viudos muy jóvenes, no han de aplacar sus ardorosos apetitos con agua fría. Pero, ya que se proporcionan mujer, no se desliguen de los chicos. Todos, todos son traviesos. Y, precisamente, los faltos de madre son los menos bulliciosos, pues no en vano llevan en su alma un luto que nunca se quitan. ¡Ya que no amor, un poco de piedad para ellos, mocitos y viejos, que buscáis repetidos himeneos! ¿Quién no conoce en Madrid la familia de Vergajo? Continúenla, amen del marido, una madrastra y varios hijastros, y además los frutos de bendición que han brotado en el último enlace con el apóstata matrimonial.

Yo suelo concurrir á esta casa, en mis momentos de optimismo para convencerme de que la humanidad no es tan angelical como yo me figuro. El espectáculo que allí se ofrece, á cualquiera hora, no puede ser más sorprendente. Es la historia continua corregida y aumentada, de la legendaria Cenicienta.

Siempre se ve á algún hijastro, de rodillas y en cruz; á otro, ocupado en los menesteres de la casa; á otro, con un hermanastro en brazos, adurmiéndole y canturreándole, á manera de nodriza; y á los demás, poco más ó menos, sufriendo castigos.

—Pero, señoras;—no puedo menos de decirlo. —¿Es esto una casa ó una penitenciaría?

Yo escribiría un volumen, y puede que lo escriba, sobre estos bichos con faldas, que se llaman madrastras; pues las conozco muy de cerca, dada mi adiliación á las cosas raras.

Pero, hago punto, y me retiro silenciosamente por el foro. Indudablemente, hay madrastras que merecen ser consideradas como madres. Las hay discretas, desinteresadas, con sentido común, llenas de abnegación, compasivas, campenetradas de sus altísimos deberes. Pero, son las menos, son varias moscas blancas entre millones de negras. Y, además, ya sabéis. ¡Una golondrina no hace verano!

JOSÉ DE SILES

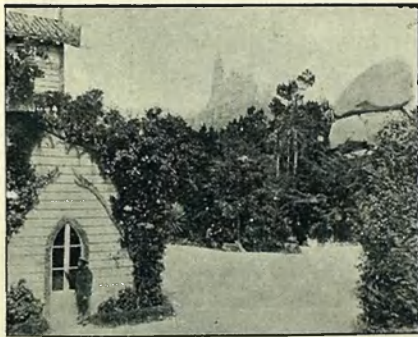
LOS ESPAÑOLES EN PORTUGAL

Con las muestras de simpatía y cariño que merecen, fué afectuosamente acogida en Lisboa la excursión compuesta de numerosos españoles que se proponían visitar los sitios más pintorescos cerca de la capital lusitana, y asimismo admirar las bellezas que la misma capital encierra.

España y Portugal que, en tiempos lejanos, estuvieron separadas por diversas cuanto sangrientas batallas, se encuentran hoy unidas por los lazos de la más fraternal amistad, que, para conveniencia de ambas naciones, no será oportuno romper.

Irís, prestando culto á la actualidad publica en estas páginas diferentes reproducciones fotográficas de Cintra, una de las estancias veraniegas que la excursión visitó.

Cintra que está separada de la capital lusitana, á cuarenta minutos de distancia, haciéndose el trayecto en ferrocarril, es una de las mas agradables estancias que se pueden imaginar, pues las maravillas de la naturaleza y de las artes de tal manera se encuentran reunidas en aquel trozo de Portugal que hacen con que allá se gocen aspectos soberbios y reliquias peregrinas,



UN CHALET EN CINTRA



LA ENTRADA DEL CASTILLO DE LA PINA



EL CASTILLO DE LA PEÑA

vistas encantadoras ante las cuales resultaría pálida cualquier descripción.

Cintrá es, en el verano, una de las más procuradas estancias, y allí encuentran los forasteros todas las comodidades que necesitan, sin exigencias que, lejos de atraer el público, tan sólo sirven para perju-



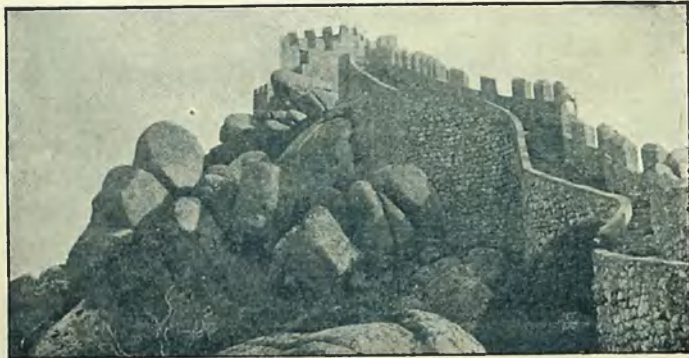
EN UNA TERRAZA DE CINTRÁ

dicar á aquellos que los practican.

En los siguientes números de Jais encontrarán nuestros lectores lo que, de más interesante, ha ocurrido en la visita de nuestras hermanas á la hermosa capital lusitana, pudiéndolos expedicionarios estar seguros de que han dejado en

ella los más gratos recuerdos.

CARLOS MENDES (XIPHAZ)



EL CASTILLO DE LOS MOROS

(Fot. de Julio Guerra y Carlos Mendes.)

Tal e
elegan
150 á 2
biertas
conten
res nov
con ini
integr
Van
siguien
Tere
El C
Las
son.
El m
Naic
El si
Un c
Noel
Un l
por Lu

Esta
tomos
págin
mo. y
insign
dermos
la últi
y la ec
ducida
pulerit
el orig
Hast
siguie:
El c
L. Jac
Orso
El L
Para
nistrac
za de
En l
FRANO,

¡A
¡Cle
—¿S
—Pe

Pacl
brosa
sías or
un pr
Blasco
que se
gracia
chos a

M
Bias
sin sal

ABR

PEPITORIA

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y gigantísima colección de tomos de 150 á 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromo y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

Teresita, por Julio Ruiz Montero.
El Capitán Burle, por E. Zola.
Las sendas de Dios, por B. Björnson.

El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulín, por E. Zola.
El sillón fatal, por Pedro Newski.
Un crimen infame, por E. Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jacolliot.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromo, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El crimen del molino de Usor, por L. Jacolliot.

Orso, por Enrique Syenkewicz.
El Hijo Maldito, por H. de Balzac.
Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

En Madrid, *Librería Agrícola*, Se rano, 14.

¡Ay que me duelen los pies!
¡Cielo santo! ¡Qué sufrir!
—¿Son los callos? —Sí, los callos.
—Pues anda: ¡LADIVONSIMI!

Paella aragonesa se titula una sabrosa colección de artículos y poesías originales de Sixto Celorrio con un prólogo en *aturro* de Eusebio Blasco. El autor revela un ingenio que se sale de lo corriente y una gracia que ya quisieran tener muchos afamados escritores festivos.

MENQUANTE DE LUNA

Blas se casó con Lucia sin saber el genio de ella;

le ha resultado una harpía y lamentando su estrella anoche Blas me decía:

—Queríendola hasta los huesos y hecho un infeliz bolonjo de mi amor en los exesos quise comérmela á besos.
Y hoy que el tiempo ha transcurrido (añadió desesperado) hoy estoy arrepentido lo mismo que un condenado... de no habérmela comido.

LUIS DEL ARCO

MAXIMA INCOGNITA

Q	U	E	M	A	R	A	L
U	N	O	A	D	I	O	S
E	N	T	R	A	N	E	N
O	S	C	A	R	A	N	A
B	E	L	D	I	S	T	A
I	M	A	U	I	A	S	O
R	N	A	O	S	A	B	L
E	R	E	I	N	A	R	E

Dividir este cuadrado en dos partes exactamente iguales de forma, de modo que con las treinta y dos letras que contiene uno de ellos se pueda leer en líneas horizontales una máxima de Luis XI.

NOVEJARQUE

Nuestro querido amigo el distinguidísimo escritor D. José de Siles ha publicado una preciosa comedia en un acto y en verso titulada *El Demonio moderno*, que no solo por su brillante forma sinó más que nada por sus nobles tendencias debería ser puesta en escena en todos los teatros, en la seguridad de alcanzar el más envidiable éxito.

La Prefectura de policía de París ha hecho pegar en las paredes de las casas millares de cartelitos con este aviso: «Queda expresamente recomendado no escupir en la vía pública, para prevenir todo peligro de propagación de la tuberculosis y otras enfermedades contagiosas».

CONTRA EL GRANIZO

Un sabio ruso preconiza para la defensa contra el granizo un método electro-sonoro, recomendando para

la aplicación de este método el empleo de globos cautivos, en vista del problemático resultado que han dado recientemente en Europa y América los cañonazos.

No luches, pues es en vano y además debes saber, que no te dará la mano el que te ayudó á caer.

La solución en el próximo número

SOLUCION

al pasatiempo del número anterior

ROMPECABEZAS

.
.	.	E	E	C	U	D	.	.	.
.	.	L	.	.	O
.	.	A	Ñ	.	P	R	.	.	.
.	.	O	.	S
.	.	Q	U
.	.	U	.	M
.	.	E	.	O
.	.	E	.	D
.	.	L	.	A
.	.	C	.	R
.	.	M	A	B	A
.	.	P	.	.	L
.	.	O	B	I	E	N	.	.	.
.

Empezando desde la M y siguiendo la marcha hacia arriba se verá que se puede leer:

Mis produce el año que el campo bien labrado.

(Quedando trazada la forma de la letra I.)

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

G. H. T.—Ciudad Real.—Se publicarán las chrvadas.
J. S.—Barcelona.—Agradezco el oprio de la poesia, que es muy bonita.
A. M. G.—Tolosa.—Mil gracias por sus ofrecimientos, y estoy á la reciproca.
Maestro Ornela.—La Coruña.—¡Tu dixisti!

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL "LA IMPRESA", PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

